

# Autopsia perinatal

*Joaquín de la Torre\**

*Este clima de asfixia que impregna los pulmones.*

OLIVERIO GIRONDO

I

Cada grito era un canto  
quebrándole, en dos almas,  
el coxis.  
Sola,

con el milagro del vientre atrofiado,  
intentó darme cabida

en el mundo. Una navaja,  
frente a mi rostro nonato,

destajó mi primer hogar.  
Junto a mi madre

—no lo recuerdo—  
tres brujas más dieron a luz

\* Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Ha sido becario del Programa de Residencias Artísticas en la ciudad de Montreal por parte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), del Conseil des Arts et des Lettres du Québec (CALQ) y de la Fundación para las Letras Mexicanas. Actualmente estudia Psicología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [2203053661@alumnos.xoc.uam.mx] / ORCID: [<https://orcid.org/0000-0003-1179-0936>].

una mañana anoréxica.  
 Con el sol brumoso,  
 el quirófano era un rastro,  
 mas, detrás de esa cortina,  
 brillaba.

## II

Todo objeto en el hospital

suele desaparecer. El tiempo

embalsama con un pésimo salario  
 y hurta pequeños tesoros

a la menor distracción.  
 El forense te arrebató el reloj,  
 de golpe, mientras el médico  
 te desvalija  
 de tu nombre, de la ropa, del cariño  
 que te obsequió familia y amigos:

lo arranca  
 como la sangre  
 sacrificada para tu cirugía,

sin saber qué carne nutrirá.  
 En los pisos inferiores,

en los cimientos del edificio,  
 los cuerpos buscan descansar.  
 Sustantivos  
 que a lo largo de una vida  
 se han desgastado. Ahora

son números con la sutura  
 en el pecho, pronto serán huesos,

nada. Pero  
 arriba aún se respira blanco  
 y la vida sabe a suero.

Las brujas paren conjuros de amor,  
 deseo o abuso,  
 aunque las oculten detrás de cortinas sucias.  
 Como mi madre, gritan soles  
 capaces de cercenar el invierno

en la morgue que las sostiene;  
 son estrellas que truenan  
 como la luz contra la oscuridad:  
 somos el pulso de esta ciudad cansada.

### III

Las manecillas del hospital se detuvieron.  
 No hubo prisa por morir, ya no  
 hubo prisa por sanar; sin embargo,  
 seguían suministrándome dosis de dolor,

dada la hora exacta. —¿Quién viene?

—nadie respondió—  
 ¿Viene para acompañarme? —pregunté

de nuevo, al fondo de mi sueño.  
 El cirujano había paseado sus manos  
 por entre mis intestinos,  
 como si contara y recontara las costillas;

como si acariciara el cadáver para hallar  
un hueco por donde llegar al corazón

y reanimarlo.  
Cuando desperté,  
descubrí mi cuerpo sin asombro  
—carne que respiraba,  
más conciliada con la muerte  
en cada palpitación ligera—,

como el enfermero que levanta a diario  
los vendajes, entre miedo y asco,  
anticipando la respuesta en el aire.

#### IV

Sesenta y seis años después,  
la anestesia muerde despacio  
cada músculo, cada nervio,

como premonición de la muerte

en el mismo hospital.  
El cuerpo, a pesar de su queja,  
todavía es fértil,

como la sangre que se derrama  
tras un asesinato. Incluso,  
durante la intervención,  
su cálido goteo nunca coaguló;  
su metronómico ritmo eterno,  
igual que el misterio de su origen,  
sería; a pesar del cloro y detergente,  
su aroma a hierro carmesí

tampoco cede  
sobre la loza del quirófano.  
“Un milagro

habrá bajo esa mancha espesa”,  
pensó el enfermero.  
Debajo de las sábanas sucias,  
se perpetuaba esa vida anónima

en cada respiración. La respuesta  
se le ofrecía a su mirada,  
incesante y somnolienta,

de asistencia. Sin embargo,  
permaneció inaprensible:  
en ese momento aquel joven  
era un montón de nervios exhaustos;

un sistema óseo deseoso  
por un baño y un sueño profundo;

un manojo de músculos  
despreocupados  
con el bolsillo lleno de mañanas.  
Ya habrá tiempo para volver  
a cruzarse con la respuesta,

otro paciente que ofrezca  
una certeza moribunda.

## V

Fui resplandor de sol  
tornándose  
relámpago que incendió

la matriz de mi madre.

La muerte me impidió  
probar la mentira de su pecho  
a cambio de la mano extenderle;

me negó, de su pezón,  
el sabor tranquilo de la leche  
cálida

a cambio de conocer,  
un día a la vez,  
la asfixia de las horas.

Desde entonces podría pensarse:  
me enseñaron a sufrir por nacer;  
mi pacto con la vida  
es respirar con remordimiento;  
soy la vergüenza,  
o un faro de dolor,  
o un castigo que goza

el festín de la existencia.

Fecha de recepción: 16/11/22  
Fecha de aceptación: 01/02/23

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202359297-302